

ECO-IMPERIALISMO: Poder Verde – Peste Negra

Extractos de los distintos capítulos

(Nota: Todas las citas y notas al pie en el texto original han sido omitidas, los asteriscos reemplazan texto que se encuentra en la versión completa).

4. Jugando con Gente Hambrienta

Casi 2,5 millones de personas estuvieron al borde de la inanición solamente en Zambia, donde el presidente Levy Mwanawasa se doblegó ante la presión de las ONG's y las políticas de la Unión Europea, rechazando aceptar la ayuda alimenticia de los Estados Unidos.

Estados Unidos embarcó 26.000 toneladas de maíz a Zambia, donde muchas personas sobrevivían con menos de una comida al día, sólo para ver que los granos se quedaran almacenados. Repitiendo continuamente lo indicado por los lineamientos de la Unión Europea y de Greenpeace, Mwanawasa decretó que dicho alimento no era seguro para el consumo, ya que parte del maíz había sido modificado genéticamente para hacerlo resistente a insectos dañinos, disminuir su necesidad de pesticidas y aumentar el rendimiento de los cultivos sin tener que cultivar más tierras.

“Preferimos morir de hambre antes que aceptar algo tóxico”, remarcó arrogantemente Mwanawasa. Funcionarios anónimos de la comisión europea llegaron a acusar a los Estados Unidos de utilizar a los africanos como conejillos de India para demostrar que el consumo de los alimentos obtenidos por biotecnología es totalmente inofensivo. Entre los lugareños circularon rumores de que las mujeres se volverían estériles y que la gente contraería SIDA si consumían dicho trigo.

El hecho de que los americanos hayan consumido este trigo durante años no cambió la posición de Mwanawasa (más del 34 por ciento de la producción de trigo de Estados Unidos y más del 78 por ciento de su producción de soja está modificados genéticamente). Tampoco lo disuadieron varios estudios científicos que concluyen que los alimentos modificados genéticamente son saludables, ni las demandas de su propia gente hambrienta que en varias ocasiones intentaron tomar los almacenes por la fuerza.

En cuanto al Presidente Mwanawasa y sus elites del gobierno, ellos tampoco pasarán hambre. Ni el Sr. Mugabe ni sus compinches, que consumen alimentos y bienes lujosos importados de Europa. Ellos, sin embargo, se beneficiarán mucho del comercio agrícola y de todo tipo con los países de la Unión Europea que amenazan con sancionar a sus países si los africanos se atrevieran a importar, exportar o cultivar alimentos modificados genéticamente. El miedo real de las elites, en otras palabras, no son los alimentos “infectados”, sino la preocupación de que los fanáticos de los alimentos europeos decreten que los cultivos africanos han sido contaminados con productos de los Estados Unidos. Sin embargo, las masas desesperadas de africanos continúan sufriendo de hambre.

Los expertos en biotecnología Gregory Conko y el doctor Henry Miller, denuncian directamente los actos de la Unión Europea, de las Naciones Unidas y de los extremistas verdes. Este “compromiso de auto-servicio es una exagerada y poco científica regulación de la biotecnología”, argumentan “y logrará retrasar la investigación y el desarrollo agrícola, promoverá el daño al medio ambiente, y traerá hambre a millones de personas en los países en desarrollo”. El “protocolo de bioseguridad” patrocinado por las Naciones Unidas, que regula el intercambio internacional de organismos cuyos genes han sido modificados, se basa en un “falso principio preventivo”, que

asume erróneamente que existen alternativas libres de riesgo y que imponen a las innovaciones un estándar del tipo: *culpable hasta que se demuestre su inocencia*.

Es así como hoy en día los reguladores ya no deben demostrar que es posible que una nueva metodología sea dañina. Por el contrario, el innovador debe demostrar que la tecnología **no** causa ningún daño. Peor aún, “los entes reguladores tienen la libertad de solicitar de manera arbitraria cualquier cantidad y tipo de pruebas que quieran.... El protocolo de bioseguridad establece un proceso de regulación muy mal definido que permite que reguladores excesivamente renuentes al riesgo, incompetentes y corruptos apliquen el principio preventivo para lograr el aplazo de aprobaciones”, tales como el caso de la moratoria por largos años de permisos de la Unión Europea aplicados a las plantas manipuladas genéticamente.

El principio impone las ideologías y fobias infundadas de los opulentos activistas del Primer Mundo para justificar restricciones severas al uso de sustancias químicas, pesticidas, combustibles fósiles y biotecnología a la gente del tercer mundo, es decir a aquellos que cuentan con menos recursos para poder pagarlas. La oposición a la biotecnología es “un lujo que pueden darse en el norte”, dice la Dra. Florence Wambugu, agrónoma de Kenya y agrega: “Aprecio las preocupaciones éticas, pero todo aquello que no ayude a alimentar a nuestros hijos no puede ser considerado ético”.

El Dr. Patrick Moore, ecologista y cofundador de *Greenpeace* esta de acuerdo con la Dra. Wambugu. Quien nos confiesa haberse convertido en un fuerte crítico del grupo que una vez lideró, subraya los “enormes beneficios potenciales” que los cultivos genéticamente modificados podrían tener “para el medio ambiente, la salud humana y la nutrición” asegurándonos además que la guerra contra la biotecnología y los organismos modificados genéticamente (OMG) es “quizás el caso más claro de ambientalismo equivocado” de la historia.

“Si las naciones ricas de hoy decidieran detener o retrasar el reloj, seguirían siendo ricas”, apunta Robert Paarlberg, investigador político de Wellesley College. “Pero si detenemos el reloj para los países en desarrollo, sus habitantes continuarán estando pobres y hambrientos” y miles, quizás millones, de sus hijos morirían.

África desperdició la primera “Revolución Verde”. Esta revolución, promovida por el Dr. Norman Borlaug, granjero e investigador agrícola de Iowa, llevó nuevas variedades de maíz a México, nuevas cepas de trigo a la India y un tipo nuevo de arroz a China, salvando de este modo la vida de aproximadamente mil millones de personas. Los africanos no pueden permitirse el lujo de desperdiciar la revolución verde de la biotecnología.

Según lo explica el Dr. Borlaug: “Hoy hay 6.600 millones de personas en el planeta. Con el cultivo orgánico podríamos alimentar solamente a 4.000 millones de dichas personas. Las otras 2.000 millones, ¿se ofrecerán como voluntarias para morir?” ¿Quiénes serán los 2.000 millones de voluntarios que ofrecerán *Greenpeace*, *el World Wildlife Fund* y *el Earth Liberation Front* para morir?

El economista Indur Goklany ha calculado que si el mundo tratara de alimentar a sus 6.000 millones de habitantes utilizando principalmente tecnologías orgánicas y rendimientos que datan de 1961 (tecnología anterior a Revolución Verde), tendría que cultivar el 82 por ciento de su área total de suelo, en lugar del 38 por ciento que ocupa en la actualidad. Eso implicaría arar los bosques húmedos de la cuenca del Amazonas, irrigar el desierto del Sahara y drenar la cuenca del río Okavango en Angola. El único logro de los cultivos orgánicos, dice C. S. Prakash, profesor de genética vegetal de la Universidad de Tuskegee y presidente de la Fundación AgBioWorld, son “la pobreza y la desnutrición”.

Ninguno de estos argumentos intenta insinuar que la biotecnología constituye la bala mágica que transformará la agricultura del Tercer Mundo. Sin embargo, es un arma vital en la guerra contra la desnutrición, el hambre y las enfermedades. En cambio sí podemos afirmar que modernas tecnologías, fertilizantes y pesticidas, mejores infraestructuras de transporte, programas integrales de protección de cultivos, mejor entrenamiento en el manejo de sustancias químicas, la conducción de granjas y haciendas en forma empresarial y la creación de organizaciones más fuertes que le otorguen a los agricultores mayor participación en la toma de decisiones, la biotecnología y los cultivos genéticamente modificados podrían jugar un rol crucial en los países en desarrollo.

En resumen, aún si el peor de los escenarios que difunden los activistas antibiotecnología (o antipesticidas) fuera realista y aún si se pudiera evitar que estas tecnologías fueran implementarse en Estados Unidos o Europa, a los países en desarrollo se les debería permitir utilizarlas. De hecho, debería dárseles incentivos para que lo hagan. Las vidas de su gente y de su vida silvestre lo justifican.